



ORAMOS

¿Qué le decimos a Dios inspirados por este texto?

Concluimos nuestra reunión de hoy dejando un momento de silencio. Después cada uno puede repetir una de las frases del evangelio, la que más le llame la atención. Podemos repetirlas varias veces, como si fuere una letanía. Terminamos rezando juntos el padrenuestro.



NOS COMPROMETEMOS

¿Qué me pide (nos pide) Dios que haga (hagamos)?

El compromiso de esta semana era volcarnos al servicio o en la atención a los pobres. Asumamos como grupo la acción o acciones que hayan salido en la meditación.

Concluimos

Podemos concluir nuestra asamblea tomando café y algunos dulces que los asistentes hemos traído para compartir.



TOMA NOTA

Aquí puedes anotar tus reflexiones y las de los demás

LECTIO DIVINA

SEMANA 5 DE CUARESMA

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

Yo soy la resurrección y la vida



Nos disponemos

Al inicio de este encuentro de oración invocamos al Espíritu Santo para que abra nuestro corazón a la Palabra. Rezamos juntos:

Ven, Espíritu Santo,
fuente de la vida,
y abres nuestros oídos a la Palabra
y nuestros corazones al dulce mandato de Cristo,
que vive y reina por los siglos de los siglos.
Amén.



PROCLAMAMOS LA PALABRA

Juan 11,1-45

¹ Había caído enfermo un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana. ² María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro. ³ Las hermanas le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». ⁴ Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella».

⁵ Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. ⁶ Cuando se enteró de

que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. ⁷ Solo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea».

⁸ Los discípulos le replicaron: «Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver de nuevo allí?».

⁹ Jesús contestó: «¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; ¹⁰ pero si camina de noche, tropieza porque la luz no está en él». ¹¹ Dicho esto, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo».

¹² Entonces le dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme, se salvará».

¹³ Jesús se refería a su muerte; en cambio, ellos creyeron que hablaba del sueño natural. ¹⁴ Entonces Jesús les replicó claramente: «Lázaro ha muerto, ¹⁵ y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Y ahora vamos a su encuentro».

¹⁶ Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás discípulos: «Vamos también nosotros y muramos con él».

¹⁷ Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. ¹⁸ Betania distaba poco de Jerusalén: unos quince estadios; ¹⁹ y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darles el pésame por su hermano. ²⁰ Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. ²¹ Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. ²² Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá».

²³ Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará».

²⁴ Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día».

²⁵ Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; ²⁶ y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?».

²⁷ Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo».

²⁸ Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: «El Maestro está ahí y te llama».

²⁹ Apenas lo oyó, se levantó y salió adonde estaba él: ³⁰ porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. ³¹ Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, al ver que María se levantaba y salía de prisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. ³² Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano».

como dador de vida provocará su propia muerte. Se da paso así a la segunda parte del evangelio, conocida por los comentaristas como «Libro de la pasión y de la gloria» (Jn 13-20). Ahí se verá que lo que Jesús ha hecho con Lázaro —devolverle a la vida mortal— no hace sino adelantar simbólicamente su propia resurrección, su victoria sobre el último enemigo, su acceso definitivo a una vida que no se acaba.



MEDITAMOS

¿Qué me dice a mí (a nosotros) el texto?

La vida nueva que recibimos en el bautismo nos identifica con Jesús y nos compromete a vivir ya como resucitados. Si nuestra fe es madura, no podemos esperar al final de los tiempos para mostrar que la Pascua de Cristo nos ha sacado de nuestras tumbas y nos ha liberado del poder de la muerte.

«El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá»: ¿En qué notas que la fe en Jesús es para tí fuente de vida? ¿De qué «tumbas» debería sacarte el Señor?

«El que esté vivo y cree en mí, no morirá para siempre»: ¿Qué significa para tí vivir ya como resucitado?

«Lázaro, sal afuera»: ¿Ante qué realidades de muerte deberíamos seguir pronunciando los creyentes estas palabras de Jesús?

¿Cómo podríamos ser dadores de vida para otros? Recordamos que estamos en la semana de la que intentamos vivir de modo especial la caridad para con los pobres y los que sufren. ¿Qué podemos hacer esta semana para cumplir de verdad nuestro compromiso?

Fijémonos ahora en la escena de la resurrección de Lázaro (vv. 38-44). ¿De qué manera vuelve a recordar Jesús la finalidad del signo?

Un don que sobrepasa toda expectativa humana

Notemos que el «signo» se verifica aquí después de los diálogos que explican su sentido, y no al revés, como en otros casos. Su función es confirmar de modo gráfico la revelación del v. 25, que es el centro de todo el relato. La respuesta que Jesús da a Marta cuando esta se opone a que la piedra del sepulcro sea retirada y la oración que formula luego en voz alta vuelven a insistir en la finalidad de lo que va a hacer a continuación: mostrar la gloria de Dios y suscitar la fe en él como enviado del Padre. Por otra parte, nadie esperaba ni había pedido a Jesús que liberase a Lázaro de la muerte. El don de Dios sobrepasa las expectativas humanas. Lázaro —como el ciego y la samaritana— es una figura representativa a través de la cual se muestra lo que le ocurre a todo discípulo cuando cree en Jesús. No ha de esperar al último día para ver la resurrección, sino que ya ahora comienza a experimentar la vida nueva que viene de él.

Releamos el v. 45. Pero leamos también en nuestra Biblia los versículos siguientes. ¿Cómo reaccionan los judíos ante este signo de Jesús?

Como un ladrón

Los judíos que forman cortejo fúnebre en torno a Marta y María contemplan la escena y actúan en calidad de testigos. Pero su reacción ante el signo no es unánime. Muchos creen en Jesús, siendo ésta la única respuesta que queda recogida en el texto litúrgico (v. 45). Otros, en cambio, van a acusarlo ante los fariseos (v. 46), provocando una reunión del sanedrín en la que deciden matarlo (v. 53). Explota así una tensión ya insinuada desde el principio del episodio (vv. 7-8). La persona de Jesús no deja a nadie indiferente. Unos lo aceptan como enviado de Dios y le responden con fe; otros lo rechazan violentamente, a pesar de haber visto sus obras. Paradójicamente, el signo en el que Jesús se ha revelado

³³ Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, se conmovió en su espíritu, se estremeció ³⁴ y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?».

Le contestaron: «Señor, ven a verlo».

³⁵ Jesús se echó a llorar. ³⁶ Los judíos comentaban: «¿Cómo lo quería!».

³⁷ Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que este muriera?».

³⁸ Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. ³⁹ Dijo Jesús: «Quitad la losa».

Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días».

⁴⁰ Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?».

⁴¹ Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; ⁴² yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado».

⁴³ Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera».

⁴⁴ El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar».

⁴⁵ Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.



LEEMOS ATENTAMENTE

¿Qué dice el texto?

De nuevo, las lecturas del domingo quinto nos ayudan a recordar la dimensión bautismal de la Cuaresma. El profeta Ezequiel se hace portavoz de un Dios que saca a su pueblo de la tumba y le infunde su Espíritu para que viva. En el evangelio de Juan es el mismo Jesús quien asume esa tarea al librar a su amigo Lázaro de las ataduras de la muerte, revelándose así como «resurrección y vida». Y en esa misma línea, Pablo nos recuerda que, si vivimos según el Espíritu de Cristo, Dios nos hará participar en su mismo destino de resurrección. Esa es la esperanza que nosotros, los creyentes, tenemos puesta en el Señor. La misma que el salmista nos invita a cantar con toda nuestra alma.

El último «signo» de los siete

La resurrección de Lázaro es el último de los siete signos narrados en la primera parte del evangelio de Juan. Con la resurrección de Lázaro culmina un proceso en el que Jesús se ha ido dando a conocer a través de sus «signos». Siendo el último de siete (el siete es el número de la totalidad, de la plenitud), muestra plenamente lo que ya estaba anunciado en los demás y, a la vez, anticipa el signo por excelencia de Jesús, su propia resurrección.

La estructura del relato

Sacando a su amigo del sepulcro, Jesús se acredita como Señor de la vida, una revelación ya preparada desde el prólogo del evangelio (Jn 1,4), pero que solo se entenderá del todo cuando él mismo sea glorificado. Esta es, además, la narración más extensa del cuarto evangelio, a excepción del relato de la pasión, con el que está claramente relacionada. Tras una introducción en la que dialoga con sus discípulos (Jn 11,1-16), Jesús se encuentra con Marta (Jn 11,17-27) y después con María (Jn 11,28-37). Finalmente se acerca al sepulcro de Lázaro y le devuelve la vida (Jn 11,38-44). De las reacciones que este hecho provoca en los judíos, el fragmento que leemos en la celebración del domingo solo ha incluido el primer versículo, que habla de la fe de «muchos» (Jn 11,45), omitiendo las reacciones negativas de los jefes judíos. Analicemos el pasaje sirviéndonos de este esquema literario, aunque su longitud nos impida hacerlo con total profundidad.

Comencemos por los vv. 1-16: ¿Qué se dice de los personajes que intervienen en el episodio? ¿Qué finalidad tiene este signo según las palabras de Jesús?

La finalidad de los signos de Jesús: la manifestación de la gloria

Juan es el único evangelista que presenta a Lázaro, Marta y María como hermanos y vecinos de Betania, una aldea próxima a Jerusalén. Los tres pertenecen al grupo de los discípulos y son amigos íntimos de Jesús (w. 5.35-36). La acción comienza cuando a éste le llega la noticia de que Lázaro está enfermo. En principio, resulta extraño que el Maestro no

vaya a curarlo inmediatamente y lo haga solo cuando ya ha fallecido. Se trata de un recurso narrativo que sirve para aumentar la tensión del relato. A la vez que subraya la realidad de la muerte de Lázaro y realza la magnitud del hecho, nos ofrece las claves de comprensión que ayudan a interpretar su sentido. En este último signo queda aún más patente que la finalidad de todos ellos es «manifestar la gloria de Dios», a través de la cual se da a conocer también la de su Hijo (v. 4). A esta revelación del Padre, que muestra su rostro a través de la persona y las obras de Jesús, han de responder sus seguidores con una fe cada vez más plena (v. 15). El uso del malentendido y las palabras con doble sentido (dormir, morir) nos recuerdan, una vez más, que para captar el verdadero significado de estos signos no podemos quedarnos en una comprensión superficial de lo que vemos y oímos.

Pasemos al encuentro con Marta y María, deteniéndonos especialmente en el encuentro con Marta (vv. 17-27).

¿Con qué palabras recibe Marta a Jesús? ¿De qué manera crece la fe de Marta a medida que dialoga con el Señor?

Del reproche a la fe en Jesús

Marta y María reciben al Maestro con idénticas palabras. En ellas se lamenta su tardanza y se refleja una confianza más bien limitada en el poder de Jesús. De él se esperaba que curase a Lázaro, pero no que le devuelva la vida. Se trata de una fe que aún debe crecer. Y será a partir de ahí desde donde comenzará un camino de maduración creyente guiado por Jesús. En efecto, cuando Marta le oye hablar de resurrección piensa, a la manera judía, en algo que sucederá «en el último día». El Maestro, en cambio, la invita a ir más allá, a superar los conceptos aprendidos para centrarse en su persona. Al revelar que él mismo es «la resurrección y la vida» afirma que la vida eterna prometida no es solo una esperanza para el futuro, sino una realidad ya presente y actuante en todo aquel que cree en él. Y es ahí donde la fe inmadura de Marta —que personifica aquí la de todos los discípulos— se encuentra ante un desafío: «¿Crees esto?». Su respuesta contiene la más completa confesión de fe que ningún personaje del evangelio ha pronunciado hasta ahora, aunque luego veremos que no acaba de comprender del todo (v. 39).